

Un viaje corto

Andrés **Moreno Castro**

CCH Vallejo

**Un cuento que es en realidad un cuadro
que es en realidad un entierro**

El jamego cojo puso en movimiento la carreta; va golpeando los adoquines de una calle que conduce a las afueras de la ciudad, las casas van espaciándose, los faroles escasean. La ciudad termina donde nosotros acabamos. A medida que nos aproximamos a la última linterna los viajeros se ocultan, la oscuridad va cambiando los rostros, ahora son desagradables y lastimosos. Es agobiante soportar las voces, el chirrido de las ruedas y el olor a formol.

La gente extraña, las ruedas de hierro y madera, la carreta llena de fango y polvo, los tejados y los muros de adobe, las calles largas y vacías, sólo de vez en cuando las cruza una sombra que se pierde rápidamente al doblar una esquina, es un opaco reflejo que se borra y no regresa.

Hastío. Ese famélico cuerpo a mis pies, ya frío y lleno de extrañas erupciones en el cuerpo, como escarlatina. Está desnudo, aceitoso; la delgadez de su espalda muestra su espina dorsal como la hoja de una sierra y pueden contarse sus costillas a través de la piel. Los pies torcidos como varas se amarran a sus tobillos.

Desconozco ese cuerpo que evoca mi recuerdo familiar, tal vez mi padre o el viejo vecino de la pierna gorda y gangrenada, que sin falta todas las mañanas salía a maldecir, y aunque este hombre tenga cara de imbécil, no dudaría un lejano parentesco.

Imagino a la gente vestida de negro alrededor de una fosa, en la que descansa una caja previamente adornada; al otro lado, otras personas vestidas de negro, tienen en su boca instrumentos de viento, pequeños atriles con partituras hacia las cuales los músicos dirigen sus miradas; tocan monótonas marchas, y sus rostros ya son tristes por costumbre.

El conductor sigue de frente, sus mecánicos movimientos los advertí desde mi abordó y ahora se ha detenido y me dice: "Ahí está su hotel". Bajo, y la carreta vuelve a ser jalada por el flaco caballo. El cielo ha empezado a clarear ●

